

Los procesos participativos en el contexto de la actual sociedad.

Ana María Pérez Rubio

CONICET

Centro de Estudios Sociales /Universidad Nacional del Nordeste

El artículo reflexiona, desde una perspectiva teórica, acerca de los procesos de participación y sus implicancias en la sociedad actual así como en la perspectiva de las personas. Si bien desde diferentes enfoques se sostiene la relevancia de la participación para la construcción de sujetos autónomos y la consolidación de una ciudadanía crítica, las consecuencias económicas y sociales que sobrevienen a partir de la aplicación de las ideas neo-liberales y los cambios culturales del capitalismo tardío dan cuenta de una variedad de modos, instancias y prácticas de participación que no necesariamente derivan en los procesos que refieren a la autonomía de los sujetos y su constitución en ciudadanos.

Así, y luego de pasar revista a los distintos significados que encierra el concepto y las versiones que de ellos derivan se identifican los diferentes ámbitos que se configuran y las modalidades que se asumen. La participación se encuentra históricamente asociada a conceptos tales como democracia, ciudadanía y comunidad mientras que a nivel empírico se dirime en la tensión planteada entre individual y colectivo, heteronomía y autonomía, aislamiento y solidaridad, abriendo el juego a un amplio espectro de acciones y prácticas que varían en función de las particulares circunstancias en las que se encuentran los actores, debido a la compleja articulación que se configura entre sus pertenencias sociales –ya sea de clase, edad, etc.- y los contextos sociales en los cuales les compete actuar: exclusión/inclusión; transformaciones socio-laborales; nuevas formas de socialidad; individualización y pérdida del lazo social; demandas anti-sistema y de radicalización de la democracia.

El propósito último es por lo tanto avanzar en la identificación del modo cómo se configura el campo de la participación en la actual sociedad.

Introducción:

Si bien el interés por el concepto de participación se inició en la década de los 40, a partir del último período se produce un aumento de su visibilidad; esto en el marco de las políticas neo-liberales y la crisis de representatividad de los partidos, la revalorización de las organizaciones de la sociedad civil y un interés creciente por la democracia directa.

La noción de participación resulta altamente polisémica tanto desde el plano teórico en el plano teórico como en el discurso de la vida cotidiana y en el plano de las prácticas se configura de diferentes formas y tipo. Históricamente, ha estado asociada a los conceptos de democracia, ciudadanía y comunidad mientras que a nivel empírico se dirime en la tensión planteada entre lo individual y colectivo, la heteronomía y la autonomía, aislamiento y solidaridad. Se abre el juego, así, a un amplio espectro de acciones y prácticas que varían en función de las particulares circunstancias en las que se encuentran los actores, debido a la compleja articulación que se configura entre sus pertenencias sociales –ya sea de clase,

edad, etc.- y los contextos sociales en los cuales les compete actuar. En el cuadro de estas reflexiones, el artículo se propone, luego de intentar sistematizar las diferentes concepciones, identificar las distintas formas en las que se patentiza la participación en la actual sociedad.

Algunas nociones en torno a la participación:

La participación constituye en general un concepto auto-positivo, siendo con frecuencia identificado con la práctica democrática. Desde esta perspectiva se suele confundir el medio –la participación como método o estrategia- con un fin en sí mismo.

Para la psicología – en particular el interaccionismo simbólico - se considera la imposibilidad constitutiva de ser individuo sin participación, esto es, *no es posible no participar* (Montero Maritza, 2006)¹. En tal sentido, la participación es la experiencia social de vivir en el mundo desde el punto de vista de la afiliación a las comunidades y la intervención activa en ellas. Siendo la participación ineludible, el aprender está dado por la posibilidad de participar en el contexto social. Es a través de ella que las personas constituyen comunidades de práctica en las que participan activamente contribuyendo a configurar su propia identidad. En tal sentido, toda participación es social y el “yo” emerge de la experiencia de tomar parte en la comunidad.

Supone, en consecuencia, una *afectación* del sujeto –constitución, expresión, producción, inclusión, compromiso-, que deviene de fundamental importancia en el proceso de producción humana en tanto potencial de construcción de sus propios espacios de vida, en relación a lo externo -:poder hacer- pero también a lo interno - poder ser-. Se configura, en consecuencia, como un elemento clave para la producción de subjetividades, la identificación y el posicionamiento de las personas, Asimismo, la consideración del *contexto* en que la misma se verifica, entendiéndose que todo proceso de participación es el producto de un aprendizaje social que queda inscripto en el sujeto y puede ser leído, entre muchas otras maneras, como una matriz de interacciones aprendidas. Esta matriz es el resultado de una construcción histórico-social concreta y en consecuencia, la participación no puede ser comprendida al margen del tiempo y el espacio también concreto en que se gestó (características de la comunidad que participa, su historia, tipos de organizaciones que posee).

Pero, además, y en tanto forma de relación social, la participación debería también ser pensada en términos políticos, porque siempre se encuentran en juego cuestiones de poder.

En la noción de participación, se encuentran incluidas las siguientes dimensiones o modalidades:

- Formar parte – se participa en tanto miembro de una comunidad, ámbito de socialización por excelencia que contribuye a la configuración de la propia identidad y consolida el sentimiento de pertenencia hacia el propio grupo.
- Tomar parte – en este caso la participación está referida a la realización de acciones concretas para el bien de la comunidad, las que, en general, son planificadas y pensadas por otros
- Tener parte – supone siempre, la conciencia acerca de la propia incidencia para que se den las cosas, de los deberes y derechos, de las pérdidas y ganancias que están en juego.

¹ Montero Maritza, 2006: *Teoría y práctica de la psicología comunitaria. La tensión entre comunidad y sociedad*. Buenos Aires, Paidós

Para Giovanni Sartori, en cambio la idea de participación estaría vinculada con el tomar parte personal y activamente a partir de la propia y libre decisión. No se trataría, en este caso, de “formar parte” o “ser parte” pasiva u obligadamente, sino de un ponerse en movimiento por sí mismo y no como respuesta a la convocatoria de otros (la participación equivale aquí a la noción de movilización) (Sartori, 1997) ²

Otras perspectivas, en cambio, asignan relevancia a la participación a partir de una definición de la realidad constituida desde la pobreza y que, en tal sentido, se vincula con las posibilidades de inclusión social. Al interior de este planteo se pueden reconocer dos posturas diferenciadas: una, asociada a los procesos de adaptación y construcción de capital social y otra, que considera la participación como estrategia metodológica para el cambio. El primer enfoque -derivado de las teorías funcionalistas- representa el discurso de los organismos internacionales en relación con la descentralización y revalorización de la sociedad civil (Klisberg, 2002) ³. El segundo, enfatiza – desde una visión política- el compromiso con las posibilidades de “liberación de los oprimidos”, a la vez que destaca el poder y el control de la comunidad sobre su ambiente. Hay que contabilizar aquí el aporte de la IAP (Fals Borda, 1987) ⁴, la educación popular (Freire, 1980) ⁵ y la psicología de la liberación (Martín Baró, 1998) ⁶; Maritza Montero, 2006) ⁷.

Finalmente, se deberían agregar algunas consideraciones en torno a la participación que se enmarcan en la expansión global de la democracia liberal y su doble crisis: la de la participación debido al aumento del abstencionismo y el de la representatividad de los actores políticos en la medida en que los ciudadanos se sienten cada vez menos representados por ellos. Esto ha impulsado una nueva consideración de las democracias locales y las posibilidades de variación al interior de los Estados. Pero también una demanda creciente por avanzar hacia formas de democracia directa que tiendan a su profundización o su radicalización.

La trayectoria de la participación:

Si bien el concepto de participación (social) no resulta novedoso en los últimos años se ha establecido un discurso al respecto que la considera y define desde diferentes perspectivas, pero que, precisamente debido a esta renovada visibilidad, resultan numerosas las acciones y/o propuestas que la incorporan como una estrategia valiosa a ser tenida en cuenta. Sin embargo, no siempre se atiende a los diferentes significados en que se apoyan estas propuestas, ni la experiencia y trayectoria que presentan los grupos destinatarios en relación con ella, operando en general como si la participación funcionara en una suerte de vacío histórico ⁸. En consecuencia, la intención en este punto es realizar una breve reseña acerca de la trayectoria histórica de la participación para arribar luego a caracterizar las formas y ámbitos que asume en la actual sociedad.

² Sartori, G., 1997: *Que es la democracia*. México: Nueva Imagen

³ Kliksberg, Bernardo (2002). *Hacia una economía con rostro humano*. FCE,

⁴ Fals Borda, O. 1987 *Democracia y Participación: algunas reflexiones*. Revista Colombiana de Sociología, Vol.:5 Núm.: 1 de noviembre de 1987

⁵ Freire, P. 1980: *La educación como práctica de la libertad*, México, Siglo XXI

⁶ Martín Baró, 1998: *Psicología de la liberación* Madrid: Editorial Trotta.

⁷ Montero, M. (2006), op. Cit.

⁸ Debe destacarse la relevancia de las experiencias previas de participación por las que han pasado las comunidades, grupos y sujetos cuando se pretende comprender el modo cómo se posicionan los mismos frente a las instancias de participación que se configuran. Esto permite conocer por que algunos grupos actúan (participan) de determinada manera, por qué adoptan actitudes pasivas o por qué se niegan a participar en los términos propuestos por los sectores técnicos o los grupos políticos.

Si bien la idea de participación ciudadana nace en la Antigua Grecia asociada a la actuación de las clases dominantes –la posibilidad misma de la participación en la *polis* estaba supeditada precisamente a la existencia de una clase subordinada que se hiciera cargo del *oikos*- con posterioridad tanto la noción como el interés hacia ella han estado asociados, mayoritariamente, a los contextos de pobreza y subalternidad. Así, en el siglo XIX, las acciones colectivas se constituyeron en modos de acción de grupos sindicales y políticos que procuraban lograr mejoras en sus condiciones de vida y la modificación de las desigualdades socio-económicas dominantes.

Posteriormente, durante los años 20 y 30 del siglo XX el marxismo, los historicismos, el pensamiento conservador e incluso los fascismos reflexionaron también, críticamente, sobre las características de la sociedad europea y su tendencia hacia la no participación social. Pero, es a partir de los años 40, cuando se instala la preocupación por los procesos de desarrollo, que la cuestión de la participación adquiere un cariz novedoso, al ser impulsada por los organismos internacionales y utilizada con fines exclusivamente técnicos. Durante ese período, los proyectos centrados en lo político van a entrar en crisis, favoreciéndose aquellos que propician la participación social en la toma de decisiones como una forma de *empoderamiento*.

Al mismo tiempo, el concepto fue empleado por tendencias teórico-ideológicas que consideraban que el capitalismo propicia una sociedad individualista, competitiva y consumista, en la que la democracia aparecía como más formal mientras se acentuaba la separación entre población y política o movimiento sindical. Igualmente, por los años 50 y 60 la sociología –y la antropología- norteamericana retomaron estas ideas a partir de conceptos como “*muchedumbre solitaria*”, pérdida de la identidad subjetiva y grupal, inautenticidad de la vida, aislamiento, alienación para caracterizar situaciones que prevalecían en la sociedad capitalista. Y un poco más tarde, entre los años ‘60 y ‘70, la crítica a los socialismos reales hizo referencia también al control de la participación social y cultural –o su exclusión en términos políticos- y su organización vertical y burocrática.

De este modo, la anulación de la participación autónoma de los grupos en ambos regímenes, iba a derivar en la promoción de una suerte de activismo conjuntamente con todas las formas de participación posibles, reconociendo, incluso, a la violencia como una forma más. A la vez, las críticas a la negación del sujeto, característica de las principales corrientes -funcionalismo, marxismo, estructuralismo y culturalismo- expresaban en el plano teórico el desarrollo creciente de este cuestionamiento socio-política.

Durante ese mismo período, se desarrolla una corriente de pensamiento que reconoce a los procesos de poder y micropoder -que se producen al interior de las instituciones- convierte a la participación social -supuestamente autónoma- en un agente de reproducción del sistema dominante. Para los autores que sustentan estas concepciones –institucionalistas, neo-weberianos y foucaultianos-, las estructuras se reestructuran y reproducen en parte a través de los que las cuestionan pues tienden a utilizar algunos de los mecanismos y procesos que critican para garantizar su propia reproducción. Sin que esto implique desconocer que la participación social constituye, al mismo tiempo, uno de los escasos procesos que puede oponerse a lo estructurante, a lo institucionalizado y a la reproducción de la subalternidad.

Fueron estas perspectivas las que favorecieron durante los años 60 propuestas orientadas hacia la auto-gestión de los diferentes grupos a través de proyectos y experiencias referidas al control obrero, campesino o estudiantil, coincidiendo con el pensamiento de Fals Borda

(op. cit) que ve en la IAP y su metodología la estrategia privilegiada para la construcción de una democracia real; convalidando –teórica y empíricamente- la importancia del sujeto y la necesidad de incluir al actor en la consideración de la realidad entendida como proceso que se construye en la práctica. Se recupera así, la capacidad de los sujetos y los micro-grupos y la potencialidad de la concientización para la constitución de espacios de resistencia: sean estos de lucha o negociación. .

Sin embargo, algunos autores ponen en cuestión esta suerte de *participacionismo* que los activistas promueven –bajo la forma de asambleas- y que según la perspectiva de G. Sartori (op. cit.)- se convertirían en vanguardias atractivas para las masas *inertes* (en una suerte de elitismo leninista). Alertando incluso contra la participación extrema, entendida como un exceso de auto-movimiento que se relaciona con el extremismo –y el dogmatismo- que entorpece todo proceso democrático.

Se llega así a la década de los 70 y 80, caracterizada fundamentalmente por la valorización del individuo y el reconocimiento de las diferencias; es la etapa de las vanguardias, las diferencias culturales y las identidades sexuales que se asocian al surgimiento de distintos movimientos sociales que pretenden reivindicar tales diferencias, mientras adquiere fuerza la noción de derechos humanos y de multiculturalismo. La manifestación de sujetos y grupos son la expresión de modos de vida específicos pero también de propuestas de cuestionamiento y/o transformación de la sociedad dominante, ya sea en forma global o referida a aspectos puntuales.

Estos planteos han de contribuir, a partir de los años 90, a rescatar la noción de resistencia que, aunque sin el tinte ideológico político de etapas anteriores, propone el surgimiento de distintos movimientos sociales antisistema y acciones de protesta colectiva de carácter político y reivindicativo. Sin embargo, tales movimientos coexistirían con una acentuación de los procesos de individualización y el descompromiso, por parte de algunos sectores, con las cuestiones vinculadas al bien común (*la rebelión de las élites*).

Los ámbitos de la participación social en la sociedad actual:

Tanto desde la teoría como desde la práctica se reconoce la relevancia de la participación en el cuadro de nuestras sociedades; relevancia y visibilidad que ha aumentado en los últimos años, y que prevalece en el discurso de la mayoría de las instituciones, aunque adhieran a orientaciones políticas, ideológicas y culturales diferente.

Al mismo tiempo, y desde la sociedad civil, se organiza una variedad de acciones colectivas que responden a objetivos y motivaciones diversas. Algunas, asentadas en el reconocimiento de las posibilidades transformativas de los sujetos y su condición de agente, con la pretensión de hacer visible lo invisible –ya se trate de demandar por las desigualdades sociales, sexuales, culturales, étnicos o en defensa de los derechos humanos y la protección del ambiente-. Otras, que reaccionan bajo formas novedosas a las disfuncionalidades de las democracias representativas. E igualmente, las que tienen como protagonistas a los sujetos que se reúnen buscando ámbitos de pertenencia e identidad. A continuación, se detallan algunos de estos distintos modos en los que se verifica la participación en nuestra sociedad.

A) Participación y redes de auto-ayuda:

- **La propuesta neo-liberal: auto-organización y participación comunitaria**

Alrededor de los años 80 emerge una propuesta neo-liberal del desarrollo apoyada, fundamentalmente, en la importancia que asume la idea de sociedad civil para hacerse cargo de algunas de las funciones que habían sido abandonadas por el Estado como consecuencia de su achicamiento.

Sin embargo, los gobiernos orientados por una estrategia de contención del conflicto social y la miseria, diseñan una batería de planes sociales – de asistencia alimentaria, de transferencia de recursos financieros, de salud, de vivienda –con la pretensión de gestionar las necesidades básicas insatisfechas y desarrollar al mismo tiempo una dinámica resocializadora (según destaca M. Svampa⁹, haciendo referencia a Gonzalez Bombal).

Estas propuestas enfatizan la importancia de lo local y propician la participación en la auto-organización comunitaria y la conformación de redes, las que se constituyen en una condición necesaria de los sectores sociales subalternos para asegurar un mínimo de supervivencia. En general, los temas que se someten a opinión y debate se vinculan con cuestiones locales y coyunturales –distribución de planes sociales, priorización de los problemas de la comunidad- pero quedan sin plantear aquellas cuestiones que permitirían incidir, en las decisiones que sí los afectan y que han sido tomadas por otros actores y fuera del ámbito local. En resumen, la organización de redes comunitarias sólo contribuye a compartir la pobreza, generando formas de ciudadanía de baja intensidad al tiempo que favorece modelos más asistencialistas que inclusivos que sólo alcanzan para la reproducción de las situaciones (Pérez, 2009)¹⁰.

En tales circunstancias, se debería comprender el rechazo de estos sectores a la participación como una forma de reconocimiento de la existencia de estructuras de poder y su bien fundada convicción acerca de la poca sensibilidad de las autoridades a su particular situación (Menéndez, E. 2006)¹¹.

- **Las nuevas formas de la socialidad:**

La desintegración de la sociedad salarial y el surgimiento de nuevas formas de pobreza y precariedad, se asientan en dos ejes fundamentales, el empobrecimiento material y la pérdida y fragilización de los lazos y redes sociales (Bauman, 2003)¹². En este contexto, en el que el “mundo de la vida” deviene imprevisible y la vivencia de la vulnerabilidad se configura como un elemento constitutivo de los sujetos resulta imprescindible encontrar nuevos marcos de significación y nuevas formas de relacionamiento que contribuyan a la configuración de espacios de reconocimiento, identificación y participación. Las redes de auto-ayuda –social, laboral y de protección- operan en este sentido. Pero también, aquellos contextos que configuran espacios participativos en los que predominan los rituales, las identificaciones y las pertenencias, es decir, ámbitos a los que se incorporan en virtud de alguna especificidad que, al mismo tiempo que los diferencia de los otros, establece la posibilidad de una participación comunitaria.

Estas propuestas se compadecen no sólo con la realidad de las sociedades europeas en las que predominan sentimientos de hastío y aburrimiento, sino también con las

⁹ Svampa, M. 2005, *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neo-liberalismo*. Buenos Aires: Taurus

¹⁰ Pérez, AM, 2009: Políticas sociales y prácticas excluyentes: procesos de subjetivación y construcción de ciudadanía. En Goinheix, S. (coordinador): *Conflictos y expresiones de la desigualdad y la exclusión en América Latina*. Buenos Aires: elaleph.com Ediciones Temas Estratégicos.

¹¹ Menendez, E. 2006: Las múltiples trayectorias de la participación social. En: Menendez, E. – H. Spinelli (coordinadores): *Participación social. ¿Para qué?* Buenos Aires: Lugar Editorial

¹² Bauman, Z. (2003). Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil. Argentina: Siglo XXI,

latinoamericanas, donde el sentimiento de desesperanza y sufrimiento aparece como consecuencia de la pobreza y el retroceso. La sensación de pérdida, fragmentación, confusión y desorientación que deriva de la incapacidad de las instituciones sociales para proporcionar vínculos y obtener una identidad, sea esta grupal o individual inciden en la conformación de estas nuevas formas de relacionamiento, permitiendo establecer nuevas relaciones y nuevas solidaridades.

B) La profundización de la democracia: nuevas formas de militancia

- **Los movimientos anti-sistema contra la globalización**

Estos movimientos aparecen como el fundamento de una nueva etapa de las sociedades, proponiendo alternativas a la ideología de la modernidad y abriendo espacios para la diversidad y el multiculturalismo. Tales tendencias preconizan el reposicionamiento de la sociedad civil, asentada en ideas de solidaridad y reciprocidad con propósitos claramente inclusivos, es decir, remite a la unión de ciudadanos que trabajan en acciones voluntarias para encontrar soluciones a sus problemas que no se asientan en los principios del mercado o los fines de lucro. .

En este contexto se enmarcan las movilizaciones de Seattle, Bangkok, Praga, Montreal, Washington, Davos, Génova organizadas en países del norte, contra reuniones de organizaciones internacionales y sus agendas. En el hemisferio sur, hay que destacar la organización del Foro Social Mundial, en Porto Alegre, propuesto como alternativa y orientado a lograr la recuperación de la ciudadanía para las víctimas de la globalización dominante. Tales movimientos se asientan en una idea de igualdad basada en políticas de redistribución de riquezas y en un principio de las diferencias que derivan en políticas de reconocimiento y aceptación del otro.

Tales movimientos se caracterizan por una fuerte visibilidad a través de la conquista de los espacios públicos, una estrecha comunicación en red (potenciada por la utilización de Internet) que posibilita enlazar actuaciones locales en dinámicas globales y un claro convencimiento de que se están construyendo alternativas de cambio posible. En este contexto se enmarcan, además, las experiencias de la economía social y de presupuesto participativo que implementadas en distintas ciudades latinoamericanas y europeas, aunque se reconoce la incidencia pionera de la experiencia de Porto Alegre

- **Acciones colectivas y movimientos sociales en Latinoamérica:**

Estos movimientos han aparecido, fundamentalmente, en modelos de sociedades excluyentes que, bajo regímenes democráticos, optaron por la aplicación de las políticas de ajuste autonomizando las acciones sociales que tienden a proliferar al margen de las estructuras sociales y los partidos políticos (Ansaldi, 1995)¹³.

Se trata de formas de movilización o acción colectiva mediante las cuales los pobladores, por fuera o a través de sus organizaciones, recurren a acciones de hecho –bloqueos de vías, mitines, marchas, paros- con la intención de lograr soluciones, expresar solidaridad, denunciar, etc.; y que requieren cierto nivel de conciencia entre los promotores y demandas o iniciativas más elaboradas. Es la articulación entre dinámicas cotidianas comunitarias, procesos asociativos y expresiones manifiestas de lucha lo que da identidad a estas acciones colectivas, al tiempo que se configuran como nuevas formas insurreccionales –el Zapatismo en México, los movimientos indígenas de resistencia, o el surgimiento de nuevos partidos

¹³ Ansaldi, W., 1995: "Gobernabilidad democrática y desigualdad social", en <http://catedras.fsoc.uba.ar/>; publicado originariamente en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, Año 5, núm. 9, Santa Fe, segundo semestre

políticos y gobiernos como es el caso de Brasil, Bolivia y Ecuador (Bruckmann, M. y Dos Santos, Th.,s/f)¹⁴. Estos procesos latinoamericanos han definido un conjunto de transformaciones sociales con fuertes raíces en los NMS anticipando la formación de un complejo proyecto histórico aún en construcción y definiendo un nuevo marco teórico y la propuesta de una nueva sociedad.

Sin embargo, no hay acuerdo en torno a la potencialidad de transformación que los mismos tienen, en particular debido a una cierta tendencia hacia la desmovilización que se produce con el tiempo bien porque son objeto de cooptación a través de políticas clientelares –ya sea por el Estado o los diversos partidos políticos¹⁵, o por la ingerencia de organizaciones de la sociedad civil que, a la vez que los apoyan, contribuyen a limitar su radicalidad. Además, porque algunas de tales organizaciones han tenido un carácter civil y no buscaron un cambio radical ni generar estructuras transformadoras¹⁶.

- **El declive de la participación ciudadana y la contra-democracia:**

Lo que se ha dado en llamar la crisis de representatividad de los partidos políticos y el descreimiento en las formas de la democracia representativa han generado un cierto retraimiento del ciudadano común de la vida política puesta de manifiesto en una cierta resistencia a convalidar de este modo la legitimación del poder. Como consecuencia de esto, los actos eleccionarios se basan más en el rechazo de unos postulantes que en la opción genuina por otros, siendo, fundamentalmente, expresión del descontento. Si bien esto puede derivar en inmovilismo y demisión no siempre lleva a la configuración de una ciudadanía pasiva.

Rosanvallón (2007), en *La Contre-démocracia*¹⁷ destaca, al respecto, el surgimiento de nuevos modos de expresión - a través de sondeos, manifestaciones, recursos ante la ley, presión en los medios- que se realizan por fuera de los partidos y destinados, fundamentalmente, a ejercer control y vigilancia de las desviaciones y que dan cuenta de las expectativas y decepciones de la sociedad pero también de sus transformaciones. Esta contra-democracia –tal como la designa el autor- no se opondría en sí misma a la democracia, sino que resultaría en una suerte de democracia no institucionalizada, reactiva, que permite el ejercicio de los poderes indirectos diseminados en el cuerpo social.

- **El espacio público como lugar de participación:**

Las nuevas tendencias en relación con esta temática plantean la necesidad de entender el espacio público como un lugar que permite congregarse, crear espacios de discusión, sociabilidad y visibilidad con vistas a trabajar en la construcción de una sociedad más democrática. En este sentido, en los últimos años, se han desarrollado distintas prácticas artísticas alternativas a los canales propios del arte, que constituyen intentos de relacionarlo con estrategias participativas y de intervención en el espacio público. De este modo, el arte

¹⁴ Bruckmann, M. y Dos Santos, Th (s/f). *Los movimientos sociales en América Latina: Un balance histórico*. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/reggen/pp13.pdf>

¹⁵ Este fue el caso en particular de Argentina, en la que la acción del gobierno generó una estrategia de articulación entre el movimiento piquetero y el sistema político, totalmente diferente a lo sucedido en otros países latinoamericanos, instaurando una lógica clientelar con el Estado que configura procesos identitarios anclados en la subordinación y la dependencia.

¹⁶ En Argentina, las asambleas barriales fueron una formidable experiencia de recuperación de la política, del espacio público y de la participación activa, devolviendo a ésta su significado etimológico¹⁶ (Ansaldi, 2006 op. cit). Pero, si bien estos movimientos sociales pudieron constituirse en verdaderos espacios de renovación de la práctica política y ampliación de la democracia, terminaron fraccionados y disgregados como resultado de las políticas estatales, el clientelismo y la confrontación.

¹⁷ Rosanvallón, P, 2007: *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires: Manantiales.

resulta ser una actividad vinculada a la comunidad y a su contexto específico que plantea la posibilidad de colaborar en la construcción de alternativas colectivas para propiciar procesos de transformación. En efecto, ya desde los años 60 se han iniciado prácticas artísticas voluntariamente situadas en campos de trabajo híbridos donde el compromiso, la responsabilidad en relación con el contexto social constituyen algunas de sus principales características.

- **Las redes virtuales y el uso de Internet:**

En los últimos años, el magnífico desarrollo que ha alcanzado la red y su capacidad de incorporación a la vida humana ha supuesto la configuración de una nueva forma de vínculo social y expresión política que organiza comunidades en las que todo es interacción libre, pura circulación y encuentros puntuales. Desde el punto que interesa, en este artículo, la gran difusión que alcanza obedecería tanto a la necesidad de tomar posición como a la convicción por parte de los usuarios de su capacidad de incidencia en cuestiones que los involucran, sumándose así a la difusión de informaciones, denuncias, calificaciones como expresión de la opinión pública y conciencia manifiesta de las problemáticas que más preocupan al mundo de hoy ejerciendo, de este modo, una suerte de vigilancia de los poderes del mundo (cfr. Rosanvallon, op. cit).

Conclusiones:

En general, las reflexiones en torno a la participación tienen como centro de interés la posibilidad de conquistar la ciudadanía plena para todos los pueblos. En las páginas anteriores y partiendo de una concepción ampliada de la participación – que no la restringe a la acción colectiva y que asume que los individuos, en tanto tales participan en la vida social en ámbitos y rituales que les confieren identidad y pertenencia- se han identificado una diversidad de posibles ámbitos participativos. Algunos de ellos, con capacidad para favorecer la construcción de sujetos autónomos y avanzar hacia formas más genuinas de democracia. Otros, en cambio, tendientes a la reproducción del sistema o sólo como recurso frente al aislamiento, la soledad o la dependencia.

En este último sentido, la sociedad contemporánea asiste a la proliferación de diferentes grupos –algunos de auto-ayuda, otros religiosos- que marcan la fragmentación de las organizaciones macro-sociales y colectivas, en otras menores, que reúnen a las personas a partir de lazos solidarios sostenidos por una multiplicidad de intereses miniaturizados e hiper-especializados, respondiendo a una tendencia de los sujetos cada vez más desindividualizante y más comunitaria (Maffesoli, 1993)¹⁸. Este nuevo ordenamiento social se configura a partir de la aparición de micro-grupos que emergen en todos los campos – sexuales, religiosos, deportivos, musicales, sectarios-, al interior de los cuales se desarrollan fuertes sentimientos de pertenencia, predominantemente regulados por la lógica del sentido común y el pensamiento popular y, en este sentido, contrapuestos a la racionalidad instrumental.

Al mismo tiempo, se ha consignado la diversificación de formas de expresión colectiva que inauguran nuevos modos de militancia: en defensa de identidades en algunos casos, o definiendo nuevos campos de historicidad –como señala Touraine- con la pretensión de contribuir a visibilizar conflictos sociales inéditos, en particular los referidos al medio ambiente, las autonomías regionales, los derechos humanos. Estos movimientos no se

¹⁸ Maffesoli, Michel, *El Conocimiento Ordinario*. México : Editorial F.C.E., 1993,

especifican por la defensa de sus miembros sino por la presentación de los problemas y la coacción ante los poderes, buscando reformas institucionales que amplíen los sistemas de participación en decisiones de interés colectivo.

Los países latinoamericanos también han dado cuenta de esta renovación, a través de acciones que, si bien en muchos casos continúan expresando problemáticas que involucran conflictos de clase -como en los viejos movimientos sindicales y de trabajadores-, lo hacen a través de nuevas formas de expresión y fundamentalmente por fuera de los partidos tradicionales. Finalmente hay que destacar el surgimiento de otras prácticas igualmente originales, como la organización de comunidades virtuales o las expresiones de arte colectivo.

Pero, además, se presentan situaciones falsamente participativas, en las que los ciudadanos sólo son convocados a la participación en instancias que sólo sirven para la convalidación de decisiones, que han sido tomadas en otros lugares, o meramente emitir opiniones sobre cuestiones coyunturales que no suponen la posibilidad de transformación de sus precarias condiciones de vida. Para ello sería necesario que la participación social se ejerciera subrayando el papel del actor y la subjetividad, es decir, a través de su incorporación como sujeto activo.

Si esto fuera así, la participación podría aparecer, efectivamente, como un ejercicio en el que los sujetos y los grupos puedan experimentar su propio poder y sus posibilidades de acción; pero, fundamentalmente, como una estrategia para eliminar la exclusión y la subalternidad. Al favorecer el cuestionamiento de lo dado -lo institucionalizado, la dominación, la manipulación y la cooptación- habilita un ejercicio constante de democratización y ciudadanía y la transformación del propio sujeto que no reduce su papel a la reproducción de la estructura sino a su producción y transformación. Solo bajo estas condiciones, los procesos participativos posibilitarían la elaboración de proyectos de autonomía. Sin embargo, continua en discusión en qué medida operan como espacios que contribuyen a la construcción de formas genuinas de ciudadanía.

Para algunos, representan la afirmación de la subjetividad frente a la ciudadanía, en particular porque consideran que su lucha no es política sino ante todo personal, social y cultural y se traducen en formas organizativas distintas a las que precedieron las anteriores luchas por la ciudadanía. Asimismo, porque estos movimientos son expresión de reivindicaciones individuales en los que no necesariamente existe conciencia de la importancia de las conductas colectivas, o la idea de bien común. Para M. Svampa (op. cit.) esto remitiría a la problemática de la sociedad actual arrastrada por la falta de capacidad de reflexión personal y en la que nada ocupa el lugar de las ideas -y como señala la autora- la falta de ideas implica la ausencia de ciudadanía. Con frecuencia, estas protestas sociales discutirían las consecuencias de una realidad desfavorable, pero sin analizar las causas, que son las que se deberían abordar para encontrar realmente las soluciones y los conflictos sociales parecen atenuarse cuando aparece una supuesta solución -mediante la entrega de viviendas y/o planes sociales, negando la capacidad de la política como agente de transformación de la sociedad.

Otras perspectivas en cambio, tienden a reconocer su carácter político debido a la radicalidad de su demanda (Santos Souza, 2003)¹⁹ y lo que su realización implicaría en términos de modificación del orden social, política, económico y cultural -eliminación del

¹⁹ Santos Souza, B., 2003: Nuestra América. Reinventando un paradigma subalterno de reconocimiento y redistribución. En *Chiapas* N° 12. <http://www.ezln.org/revistachiapas/No12/ch12desousa.html>

hambre, de la desigualdad económica, racial, sexual, de la degradación del medio ambiente, las diferentes formas de dominación y marginalidad o el reconocimiento del derecho a la propiedad de la tierra, el agua y los propios recursos-. La identificación de estas nuevas formas de opresión, que amplían y superan las relaciones de producción para alcanzar también el ámbito de la reproducción y la sociedad como un todo habilitaría la posibilidad de una nueva articulación entre subjetividad y ciudadanía. Según esto, las relaciones sociales de reproducción, como formas de inter-subjetividad resultan mucho más concretas e inmediatas que aquellas de producción constituyéndose, desde lo cotidiano, en el ámbito espacio temporal de la vivencia de los excesos de regulación y opresión concretas, pero también como un espacio que permite problematizar la naturalización de lugares que incluyen asignando un lugar de exclusión. (Retamozo, 2005: 139)²⁰

Esta idea remite a los aportes de Castoriadis, C. (1988)²¹, la de una sociedad capaz de pensar en sus propias instituciones, de reflexionar en el conocer y el actuar humano, basada en la capacidad creadora del imaginario radical, como propia del colectivo anónimo y desde las significaciones imaginarias que se concretizan en las instituciones. En consecuencia, la autonomía²² derivaría de la capacidad de los sujetos para auto-organizarse, es decir, pensar por sí mismos y actuar concertadamente en la vida cotidiana. Esta capacidad inherente al ser humano – el imaginario radical - que existe y conlleva de forma simultánea el intento de conquistar la libertad y la igualdad como creaciones humanas habilita la configuración de nuevos focos de autonomía y sentido y al mismo tiempo la elaboración de un proyecto de sociedad autónoma. .

²⁰ Retamozo, M., 2005: Movimientos sociales y orden social en América Latina. Sujetos, antagonismos y articulación en tiempos neo-liberales. En *Desde el fondo* nº38. <http://www.fts.uner>

²¹ Castoriadis, C. 1988; *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*, Barcelona, Gedisa).

²² La heteronomía por el contrario, supone clausura del significado; las instituciones y el poder que de ellas se deriva son concebidos como extra-, como si fuesen distintas de lo que hacemos. Son, pues, incuestionables, dadas de antemano.